

En suma, estamos ante un excelente libro que recupera la preceptiva retórica aplicada al estudio de la elocuencia sagrada en la Nueva España del siglo xvii. Pero además, el uso retórico de relatos ejemplares por parte de predicadores jesuitas de la talla de Martínez de la Parra no sólo cumplía objetivos religiosos, como apunta Pérez, sino que evolucionó hacia formas discursivas más versátiles, adoptando una dimensión social en la tarea de formación de virtudes cívicas de la población urbana del México colonial.

Alexandre Coello de la Rosa
Universidad Pompeu Fabra

STEFAN RINKE, *Las revoluciones en América Latina. Las vías de la independencia, 1760-1830*, México, El Colegio de México, 2011, 408 pp. ISBN 978-607-462-299-7

A finales de 2011 apareció en español la traducción del libro *Revolutionen in Lateinamerika (Wege in die Unabhängigkeit, 1760-1830)*, publicado en Munich por C.H. Beck en 2010; su autor es Stefan Rinke, profesor de la Universidad Libre de Berlín. El texto de Rinke podría parecer una publicación más dentro del apresurado ritmo editorial bicentenario; sin embargo, este libro merece atención por diversos motivos. Entre ellos, destaco los siguientes: 1) la calidad de la bibliografía utilizada; 2) la amplitud del periodo considerado; 3) el hecho de no haber descuidado los aspectos socioeconómicos (algo frecuente en libros sobre el tema); 4) la inclusión de los casos haitiano y brasileño y por último, 5) la capacidad expositivo-narrativa del autor (aunada a la buena traducción de Ofelia Arruti).¹ A riesgo de

¹ Respecto al cuarto punto, señalaré algunas reservas un poco más adelante en cuanto a la manera que tiene el autor de referir la revolución haitiana (en relación, sobre todo, con los procesos emancipadores americanos); lo que me parece importante es

olvidar algún texto, creo que estamos frente al libro más completo que se ha escrito sobre los procesos emancipadores americanos desde que Jaime Rodríguez publicara *La independencia de la América española* en 1996.

Los motivos enumerados en el párrafo anterior bastan, en mi opinión, para felicitarnos por la decisión de El Colegio de México de traducir y publicar el libro que nos ocupa; una publicación que, cabe apuntar, fue posible en el contexto del proyecto binacional “Colegio Internacional de Graduados *Entre Espacios*” (*Internationale Graduiertenkolleg “Zwischen Räumen”*), en el que también están implicados la Universidad Nacional Autónoma de México y el Centro de Investigaciones y Estudios Superiores en Antropología Social. Dicho esto, creo que Rinke adopta en su libro ciertos enfoques y hace algunas afirmaciones que vale la pena problematizar y discutir. Antes de hacerlo, conviene señalar que *Las revoluciones en América Latina* no es un libro estrictamente académico, sino un buen ejemplo de lo que podría denominarse “alta divulgación”. Como lo señaló el propio autor en la presentación del libro que tuvo lugar en El Colegio de México en noviembre de 2011, su objetivo al escribirlo fue presentar los procesos emancipadores iberoamericanos al público de habla alemana. Esto no obsta para que el libro sea una descripción sobre estos procesos que no sólo proporciona una visión integral de los mismos, sino que emplea juiciosamente una bibliografía secundaria muy completa, muy diversa, muy actualizada y, por si fuera

no dejar fuera a la revolución haitiana en cualquier estudio sobre el periodo de la historia occidental considerado en el libro de Rinke. En cuanto al proceso emancipador brasileño, del que se ocupa en el capítulo 5, “El cambio sin derramamiento de sangre, 1808-1831”, es evidente la importancia de conocer este proceso para entender algunos aspectos de los movimientos hispanoamericanos (en especial en América del Sur), pero creo que en los últimos tiempos algunos autores han perdido de vista que su utilidad se centra, al menos en aspectos que considero fundamentales, en ser sobre todo un contraejemplo de lo acontecido en la América española.

poco, en cinco idiomas.² Es importante insistir que se trata de una bibliografía secundaria, pues el libro de Rinke, en buena medida por su carácter divulgativo, apenas recurre a fuentes primarias. Estamos, en suma, ante una revisión historiográfica que es una muy buena introducción a la historia de la América española entre el final del Antiguo Régimen y comienzos del “nuevo” (con todas las reservas que denotan las comillas utilizadas). Una introducción que destaca sin lugar a dudas entre los numerosos libros que, por motivos bicentenarios, se han publicado durante los últimos años sobre el conjunto de los procesos emancipadores americanos. Ahora bien, como ya adelanté, en algunos aspectos esta revisión gira sobre ejes interpretativos que pueden ser cuestionados. Esto es lo que haré en la presente reseña; mi finalidad principal es fomentar un debate sobre un libro que, como lo dicho hasta aquí deja bien claro, desde diversos puntos de vista es valioso e importante.

En primer lugar, llama la atención que el autor, que conoce tan bien la bibliografía sobre el tema, afirme en la introducción (p. 20) que la historiografía más reciente sobre los procesos emancipadores americanos se plantea la pregunta sobre cuál es la “verdadera revolución social” o lo que significa “una revolución terminada”.³ Lo anterior después de haber afirmado en esa misma página que cuando se habla de “revolución” en la historiografía latinoamericana actual se hace pensando en términos de “revolución inacabada”. No sé qué bibliografía tiene en mente Rinke (aparte de

² La bibliografía comprende las páginas 357-392. Uno de los pocos reparos que se le pueden hacer a estas 35 páginas es la ausencia de algunos autores que en los últimos años han hecho contribuciones notables a la historia hispánica del periodo bajo estudio desde la perspectiva de la historia intelectual; pienso, por ejemplo, en Elías Palti y en Javier Fernández Sebastián.

³ En lo que sigue, emplearé casi siempre la expresión “procesos emancipadores americanos”, la cual, por diversos motivos, me parece más adecuada que “independencias de América Latina”.

Manfred Kossok); la que yo conozco relativamente bien, que es la producida desde mediados de los años ochenta, no se plantea dichos procesos como “revoluciones inacabadas” y menos aún se pregunta sobre lo que significa una “verdadera revolución social”. Esto no implica, por supuesto, que planteamientos de este tipo no tengan cierta validez historiográfica o que no puedan arrojar luz sobre algunos aspectos de los procesos emancipadores americanos; lo que trato de señalar es que no me parece que preocupaciones como las mencionadas por Rinke en la introducción sean las prevalecientes en la historiografía de los últimos lustros. Conviene apuntar antes de continuar que esta introducción se titula “La promesa de la revolución”; como veremos, esta manera de concebir los movimientos iberoamericanos de emancipación (básicamente, como una promesa incumplida) establece pautas que recorren el libro.

El corolario que se deriva de la cuestión bibliográfica que acabo de mencionar me parece de igual forma discutible; me refiero al lugar que el autor le concede a la revolución haitiana dentro del ciclo revolucionario atlántico, y más concretamente al supuesto influjo que ésta tuvo sobre los procesos emancipadores americanos. En mi opinión, la revolución haitiana no sólo no fue el “preludio” de dichos procesos, como lo plantea Rinke en el capítulo 2 de su libro, “El preludio: la revolución de Haití, 1789-1804”, sino que tampoco creo que dicha revolución haya tenido “un efecto movilizador en muchos lugares” (p. 341). Aquí me parece percibir, sobre todo, lo que considero un “voluntarismo historiográfico” y no tanto un esfuerzo por describir lo que ocurrió en la América española durante la llamada “era de las revoluciones” *vis-à-vis* la revolución haitiana. Como es sabido, para los protagonistas de los procesos emancipadores americanos esta revolución funcionó, sobre todo, como un contraejemplo; más aún, como un proceso social que había que evitar a toda costa (las fuentes documentales al respecto son abundantes). Por supuesto, este temor de los crio-

llos americanos representa cierto tipo de influencia histórica; el punto que me interesa transmitir aquí es que este influjo por vía negativa no es una cuestión menor y, sin embargo, tiende a diluirse en la manera en que Rinke plantea esta cuestión.

En relación con este tema, creo que vale la pena citar a Marixa Lasso, quien, en su libro sobre la cuestión racial y el republicanismo colombiano desde fines del siglo XVIII hasta comienzos de la década de 1830, escribió lo siguiente: “Es difícil evaluar la influencia que tuvieron las revoluciones francesa y haitiana en los pardos locales y en los esclavos de la región de Cartagena”.⁴ Si este es el caso en una región con un altísimo porcentaje de gente de color y que estaba bastante cerca del escenario haitiano, cabe preguntarse sobre la magnitud de ese “efecto movilizador en muchos lugares” que plantea Rinke en una de las citas que aparecen en el párrafo anterior. En este mismo sentido, creo que es una exageración decir que la revolución haitiana “habría de servir de fanal al desarrollo revolucionario en el mundo atlántico” (p. 125), que “la lucha por la independencia en las colonias españolas *tuvo que estar influida directamente* por Haití” (p. 127, las cursivas son mías), que la revolución haitiana fue “un vínculo entre los procesos revolucionarios de Estados Unidos, Francia y América Latina” (p. 130) o, por último, que esta revolución influyó “en el curso de la historia europea” (p. 131). No se trata de negar que la revolución haitiana haya tenido cierta influencia tanto sobre los movimientos americanos como sobre la historia europea, pero creo que no sólo debe precisarse la naturaleza de este influjo (a la que ya me referí), sino que la magnitud del mismo me parece bastante menor de lo que Rinke planteaba.

En la misma lógica que he querido poner de manifiesto en los dos párrafos anteriores, detecto en *Las revoluciones en América*

⁴ *Myths of Harmony (Race and Republicanism during the Age of Revolution, Colombia 1795-1831)*, Pittsburgh, University of Pittsburgh Press, 2007, p. 33.

Latina un teleologismo histórico respecto a la supuesta inevitabilidad de los procesos emancipadores americanos (más en concreto, en cuanto al logro de su independencia). Esto se manifiesta en varios pasajes del libro. Por ejemplo, en la página 13, el autor afirma que a partir de 1760 se puede identificar una serie de factores que “aceleraron [la] caída” de los imperios coloniales europeos; en la página 27, se puede leer que desde esos años es posible identificar “las primeras fisuras” del mundo colonial hispánico; por último, en la página 77, Rinke afirma que el fracaso de la expedición de Francisco de Miranda en Coro, la fallida aventura mirandina que tuvo lugar en 1806, es “una expresión de los obstáculos que se interponían en el camino a la ansiada independencia”.⁵

Las referencias anteriores, que consideradas aisladamente pueden parecer “inofensivas”, no me parecen irrelevantes si se tiene en cuenta que los movimientos emancipadores americanos fueron una consecuencia directa de un hecho histórico que puede considerarse exógeno (la invasión napoleónica de la península ibérica en el otoño de 1807) y que difícilmente estos movimientos pueden ser vistos como el resultado de un proceso de maduración (de cualquier tipo).⁶ En este mismo sentido, es difícil saber, al menos para mí, lo que quiere decir el autor cuando habla de “revoluciones entrelazadas unas con otras desde 1776”

⁵ ¿Ansiada?, ¿por quién?; sin duda, no por los habitantes de Coro y de los pueblos adyacentes, que no mostraron interés alguno por una independencia que Miranda pensaba sería apoyada con entusiasmo por casi todos los habitantes de la América española.

⁶ Lo cual no quiere decir que no existan elementos que puedan considerarse “antecedentes” de lo sucedido en el mundo iberoamericano a partir de 1808 (en rigor, esto es imposible). En todo caso, el carácter exógeno mencionado es una diferencia notable con las dos “grandes” revoluciones atlánticas (la estadounidense y la francesa); las cuales, por lo demás, no me parece que hayan sido tan importantes como “punto de referencia” para el desarrollo latinoamericano como lo plantea Rinke en la p. 24.

(p. 77). Afirmaciones como ésta denotan lo que puede denominarse un “atlanticismo” que, como he planteado en más de una ocasión, no sólo no ilumina el mundo hispánico durante la “era de las revoluciones”, sino que más bien tiende a deformarlo en aspectos significativos.

Rinke introduce el último capítulo de su libro con una afirmación que puede no gustar a algunos historiadores, pero que da mucho juego para interpretar el conjunto de los procesos emancipadores americanos, así como para analizar algunos de sus avatares y consecuencias inmediatas: “En las biografías de Francisco de Miranda, Touissant L’Ouverture, Miguel Hidalgo, Simón Bolívar y Dom Pedro I, hay un elemento en común: el fracaso”. (p. 325). En dicho capítulo, el autor ensaya una respuesta a este fracaso y, sobre todo, a los ingentes problemas políticos, sociales y económicos que enfrentaron los nuevos países. La respuesta de Rinke toma en cuenta los siguientes factores: la distancia del constitucionalismo iberoamericano respecto de las realidades sociales; el republicanismo visto esencialmente como un mecanismo de autolegitimación por parte de la élite criolla; el caudillismo; la militarización del poder político; las enormes dificultades implícitas en la creación de identidades nacionales; la desigualdad social; las consecuencias económicas de la guerra y, por último, la situación económica internacional en la década de 1820 (que resultó crucial en lo que pudo haber significado el despegue de algunas economías de la región).⁷

⁷ En esta parte se echa de menos una mención explícita de la falta de experiencia hispanoamericana en lo que respecta al funcionamiento de instituciones representativas (en un sentido, digamos, “moderno”). En todo caso, como lo señala Rinke, para 1830 la América española era la única región del mundo, junto con Estados Unidos, en la que se había impuesto el principio de la soberanía popular (p. 329; cabe apuntar que el autor hace este planteamiento dentro de un apartado sobre la distancia que existe entre “lo ideal y la realidad” en las numerosas constituciones redactadas en Iberoamérica entre 1811 y 1830).

A pesar de que los elementos mencionados han sido señalados por muchos otros autores (si bien con énfasis distintos y con frecuencia omitiendo algunos de ellos), creo que esta parte final del libro resulta sugerente y puede abrir diversas vetas de discusión en lo que respecta a los dilemas y principales adversidades del conjunto de los procesos emancipadores americanos. Un debate que resultará interesante, en particular, para aquellos lectores que traten de ir más allá de los acontecimientos y, de un modo historiográficamente legítimo si se procede con cautela, se esfuercen por averiguar por qué dichos procesos y sus protagonistas siguieron derroteros tan similares y, en el caso de los segundos, con resultados tan magros en lo que concierne al cumplimiento de sus proyectos políticos.⁸

En el brevísimo apartado final del libro (pp. 354-355), el autor regresa al tema de las independencias latinoamericanas como promesas incumplidas. A mí en lo particular, me llama la atención esta manera de ver los movimientos emancipadores por una razón muy simple: creo que ningún proceso histórico es una “promesa” (cumplida o incumplida); menos aún quizás procesos tan amplios y tan complejos como lo fueron los movimientos americanos de emancipación. Lo cual no implica que algunos actores, más allá de su capacidad para dejar constancia de la manera en que veían lo que estaba sucediendo a su alrededor, no hayan podido haber considerado a estos movimientos como “promesas”. El problema, me parece, surge cuando son los historiadores los que le otorgan

⁸ El destino político y vital de Bolívar es bien conocido y ha sido ampliamente estudiado. Sin embargo, Bolívar no es sino un ejemplo más de la imposibilidad de la mayoría de los protagonistas de los procesos emancipadores hispanoamericanos de llevar a buen puerto sus proyectos políticos. Además de *El libertador*, la nómina incluye a próceres de la talla de Miranda, San Martín, O’Higgins, Iturbide, Sucre, Monteagudo y Artigas. Es importante mencionar que, en ninguno de estos casos, el fracaso político de estos hombres se debió a haber sido acorralados o derrotados por los “enemigos a vencer” (los españoles peninsulares), sino por sus “correligionarios” americanos.

a los procesos históricos esta naturaleza “prometedora”; lo que pone la mesa para la decepción y el desencanto (aunque sólo sea porque es muy difícil determinar cuándo una promesa ha sido cumplida; más todavía una promesa “de talla histórica”).

Creo, en suma, que ver un conjunto de hechos históricos de este modo lleva no sólo al teleologismo que he querido poner de manifiesto en esta reseña, sino también a una visión sobre la historia que, en mi opinión, denota un afán que podríamos llamar “de reivindicación social”. El cual, inevitablemente desde mi punto de vista y pese a todo lo encomiable que pueda ser desde una perspectiva axiológica, tiende a tergiversar la historia. Sólo así puede explicarse que en el apartado final que nos ocupa un autor tan solvente como Rinke afirme que durante los procesos emancipadores americanos entre las clases no privilegiadas se dieron “entrelazamientos evidentes” (p. 354) o que la fuerza explosiva de las ideas de libertad e igualdad no prosperara en la América española durante dichos procesos.⁹ La oración final del libro es sintomática, en mi opinión, del teleologismo y del “reivindicacionismo” mencionados: “Lo que quedó, sin embargo, fue la promesa de la revolución, y esto no era poco” (p. 355).

Las revoluciones en América Latina abre varios interrogantes, sobre todo si tenemos en cuenta que, como señalé al inicio, estamos ante un libro de notable factura desde diversos puntos de vista. Para concluir esta reseña me limitaré a uno solo de dichos interrogantes: la necesidad que sienten algunos historiadores contemporáneos de ver los procesos emancipadores americanos bajo lo que denominaré aquí “el prisma haitiano”. No pretendo negar, en ningún sentido, el carácter de revolución social que tuvo lo

⁹ Sobre el primer punto, surge naturalmente una pregunta: en una época como la de principios del siglo XIX en la América española, ¿era posible que se dieran ese tipo de entrelazamientos entre personas de recursos limitados? Me parece que la respuesta negativa se impone.

acontecido en Haití entre 1791 y 1804, sino la esterilidad historiográfica que han mostrado una y otra vez, desde hace décadas, casi todos los estudios de los procesos emancipadores americanos que se sienten evidentemente incómodos con el carácter revolucionario que tuvieron estos movimientos en términos políticos. No es casual que los mejores estudios que se han escrito sobre estos procesos desde hace tiempo sean los que, de entrada, reconocen la centralidad de la política y lo político para entender lo sucedido en la América española entre 1808 y 1826.

Si la incomodidad mencionada puede explicarse desde la adopción de esa óptica reivindicativa a la que me referí más arriba, creo que esta perspectiva resulta poco fértil si lo que nos interesa es entender por qué en el mundo hispánico cambiaron tantas cosas en tan poco tiempo. Lo anterior, a pesar de que esos cambios no hayan implicado transformaciones profundas en lo que respecta a las enormes desigualdades sociales que caracterizaban a las sociedades hispanoamericanas del primer cuarto del siglo XIX. El hecho de que estas desigualdades sigan caracterizando a los países de América Latina (incluyendo por supuesto a Haití), lejos de darle la razón a enfoques como los que he revisado críticamente en esta reseña, muestra las limitaciones del voluntarismo reivindicador para entender algunos aspectos fundamentales del periodo fundacional de la historia latinoamericana.

Roberto Breña

El Colegio de México